

## El planificador de la reproducción y sus tribulaciones

Pablo Levín

La siguiente es una transcripción de la nota publicada en *Revista Nueva Economía*, Órgano Institucional de la Academia Nacional de Ciencias Económicas, Año XIV Nro. 23, Abril de 2005.

### Introducción

Al analizar las tribulaciones del planificador nos enfrentamos con las nuestras: al adoptar el punto de vista del sujeto práctico en general nos topamos con los conceptos fundamentales de la economía política. Los desafía, imponiéndoles serias exigencias, llevándolos más allá de los límites ya conquistados. La solución para exponerlos en un ensayo breve, y para suplir con osadía las deficiencias de nuestra propia preparación, puede ser limitarnos a los más elementales.

De otro modo, una exposición abarcadora exige su propio espacio para desplegar en él todas sus transiciones. En uno muy reducido se vuelve superficial, y no alcanza a despertar el interés del lector, o resulta enigmática, y sobrepasa su paciencia. Ambos resultados son igualmente desalentadores. En uno quedan ocultas las articulaciones y transiciones internas del concepto, en el otro se las ve desfilar vertiginosamente, sus voces confundidas en un murmullo agudo.

Los conceptos elementales han de ser, además, los más simples. Porque, en efecto, hay conceptos simples y conceptos complejos. Esto es, si se quiere, evidente. Pero, ¿cómo se distingue entre unos y otros? Calificamos de simples a los poco elaborados, y de complejos a los que resultan de un desarrollo trabajoso. O bien calificamos de simples a los muy abstractos (que poseen pocas determinaciones) y complejos a los más concretos (que las tienen muchas). Admitamos que el concepto, acción y efecto de concebir, progresa de lo abstracto a lo concreto. Diríamos entonces: es simple cuando es a la vez abstracto e incipiente, y complejo cuando es concreto y producto de un desarrollo. Pero este resultado es insatisfactorio.

Porque si un mismo concepto sufre cambios en su desarrollo, y es ora abstracto, ora concreto, primero simple, después complejo, si los conceptos no son sólo el producto sino lo inseparable de ellos: el trabajo que les da forma. No se trata únicamente del punto de llegada sino del camino que a él conduce; del punto de partida en tanto punto de partida. Pero entonces no son los conceptos simples unos y complejos los otros, como creíamos, sino que todo concepto pasa por esos estados. En cada estado aparecen como *nociones*.

Bien. Entonces, si no puede decirse con propiedad que “hay conceptos simples y conceptos complejos”, ¿puede enunciarse algo semejante sobre las nociones?

Los conceptos son productos vivos, en proceso. Se mueven, se transforman: lo que en este ahora postulamos sobre ese ser en mutación ya no es verdad en este otro ahora, ni en éste. La noción es un estadio de ese ser en movimiento, como si, sorprendido en reposo, fuera un ser acabado, completo. Usemos la metáfora del espécimen biológico: la noción es el cadáver de un insecto fijado en formol y clavado con un alfiler; el concepto la sucesión de todos los estadios de ese ser que, animado por mutaciones, es huevo, crisálida, larva, mariposa. Ahora, podemos decir: la noción que capta el insecto como huevo, es a la vez más simple, más abstracta y menos desarrollada que la mariposa. Esto sí es obvio.

Pero es igualmente obvio que es al revés. El insecto adulto es huevo realizado, el huevo es, en potencia, crisálida, larva, mariposa. Las nociones son lábiles, incongruas.

Inconclusas, incompletas, desbordan de sí mismas: son huevos o larvas del concepto, o lo uno o lo otro. Pero no hay una noción de “huevo” sino muchas: tantas como grados - ¡*gradas!*- tiene el concepto: la larva como larva es distinta de la misma entendida como estado larval de un insecto. Hay una noción simple de lo complejo (mariposa), y una noción compleja de lo simple (huevo), y entonces cuando queríamos distinguir entre nociones simples y complejas; entre abstractas y concretas, debíamos aclarar si aludíamos a la diferencia entre la noción de algo simple y algo complejo, de algo incipiente o maduro, de algo abstracto o concreto, o al momento del concepto. En suma, debíamos aclarar la noción de noción. En parte, ya lo hicimos.

Pero hay más. Las nociones son herramientas, armas, medios. Nuestro entendimiento se esmera en cazar verdades, cosas, las verdades de las cosas, por medio de nociones. Mas los objetos que atrapa desgarran sus redes, quiebran sus arpones, desprecian sus cebos, se burlan de sus trampas. Quedan “atrapados” los cascarones muertos de las presas que huyeron. Pero el entendimiento se confunde y proclama su triunfo. No se lleva a su casa la verdad de la cosa sino una cosa que él aferra como si fuera la verdad misma. Una de esas trampas es la definición. Pregunta: ¿qué es un insecto? Definición, a la manera de respuesta: es un bicho de seis patas. Pero el huevo de insecto no tiene patas.

Todo lo que debiera fijarse en sus determinaciones distintivas, se mueve. Sus rasgos, sus propiedades, se transforman. Ni siquiera es adecuada la metáfora que “usábamos” - la de las metamorfosis biológicas-, porque un huevo, lo más abstracto, es sucesivamente inmaduro, maduro, sin fecundar, fecundado; sufre cambios cualitativos a medida que avanza la división y la diferenciación de células, la organización de tejidos, de órganos. El huevo pasa a mórula, a blástula, etc. Lo que tocaba el rey Midas se volvía oro; el entendimiento toma sus presas como existencias muertas. La conciencia debe sufrir la experiencia de lo macabro, sentir una repulsión insoportable por la verdad a la que se aferraba al advertir que ya estaba muerta, y entonces sentirá brotar en ella misma el ímpetu transformador y emancipador. El huevo de concepto se romperá para dar vida al concepto.

Todavía hoy suele exigirse que un desarrollo teórico con ciertas pretensiones venga precedido (y esté presidido) por una declaración sobre la “metodología” adoptada. Como si semejante “toma de posición” sobre cómo debe apresarse la verdad, garantizara la “toma de posesión” de la misma. El concepto no brinda ni observa prescripciones extrínsecas o generales, anteriores a él y ajenas a su contenido particular concreto, ni se aviene otra ley que la ínsita, propia, tal como surge de su propio desarrollo y su propia necesidad inmanente.

Nos proponemos exponer conceptos fundamentales de la ciencia económica. Pero, ¿tiene sentido destacar ciertos conceptos, calificándolos de “fundamentales”? En principio, no. No, si concebimos el concepto como el ser eminentemente relacional, o la relación misma, que es a la vez identidad y diferencia, distinción en la unidad y unidad de todo lo distinto. No, si los conceptos remiten unos a otros, pasan unos a otros, fluyen, se oponen a los más próximos y se funden con los más distantes, guardan entre sí relaciones necesarias, indirectas, universales, de las cuales ninguno queda afuera. Cada cual para todos, todos para cada uno. No hay, entonces, conceptos fundamentales.

No los hay en la ciencia, si por ciencia entendemos la gran síntesis por la que nuestra época clama con urgencia. Pero sí debe aspirar a tener un concepto fundamental una ciencia *particular* que delimita su territorio en el campo del conocimiento científico. ¿Cómo podría marcar las fronteras de su provincia, y organizarla, si no posee un

concepto interior, propio? Tiene carácter de fundamental el concepto que da cuenta de esa organización, y de la conexión principal de este campo particular con las provincias limítrofes, y, directa e indirectamente, con todas. Se sigue que el concepto fundamental de una ciencia particular no cabe enteramente en el dominio de esta ciencia, y, por ende, su exposición lo sobrepasa, especialmente cuando debe estirarse hasta las raíces y hasta los frutos más altos. Así, exponer el concepto fundamental implicaría exponer la ciencia particular correspondiente de un modo exhaustivo, y a la vez sobrepasar sus fronteras, disolviéndolas.

Tal es el caso del concepto fundamental de la economía política: *el valor mercantil*. En él, el valor mercantil contiene las determinaciones específicamente mercantiles del valor; por su parte el valor, entidad más abstracta, genérica (genérica en el sentido de que se han eliminado en ella las propiedades específicas de su forma mercantil), brinda a su vez el concepto fundamental de una ciencia más amplia que la economía política. Preferimos llamarla Praxiología (Slucki). Las raíces biológicas del valor, empero, se hunden en un campo aún más amplio, la Etología (Timbergen, Lorenz).

La noción de valor conlleva reminiscencias de estructuras y formas económicas perimidas del valor praxiológico. Su concepto (“la labor denodada y seria del concepto”) activa esas reminiscencias, y reconstruye la singular traza histórica, las fases, las escalas, del desarrollo humano hasta llegar al vislumbre de nuestra era y nuestra tarea.

El concepto fundamental de la Economía Política es el de valor *mercantil*. Su carácter histórico determinado: su nota específicamente mercantil, se pone de manifiesto cuando se contrapone al concepto más abstracto de valor, carente de esas determinaciones: al valor genérico, ahistórico. Al *Valor*, sin más, sin otra determinación.

Exploraremos una estrategia expositiva para mostrar esa diferencia específica: describir a grandes rasgos la trayectoria del planificador de la reproducción en la evolución humana, y sus tribulaciones en cada una de las grandes etapas económicas de la historia. Comenzamos con la presentación de un juego de definiciones que indica las relaciones recíprocas entre las nociones *genéricas* de reproducción, trabajo, y valor (“genéricas”, desprovistas de toda característica o propiedad específicamente mercantil). A partir de allí bosquejamos esquemáticamente, mediante un entrelazamiento de esas nociones elementales y otras necesariamente asociadas a ellas, el trayecto completo del concepto de valor (en sus determinaciones genéricas y mercantiles) dentro del campo de la economía política. Introducimos las determinaciones *mercantiles* como nuevas tribulaciones del planificador de la reproducción, que (para decirlo metafóricamente) pierde pie en el mercado pero lo va recuperando entre las turbulencias del desarrollo capitalista, revistiendo sucesivamente figuras adecuadas a las grandes etapas de ese desarrollo, hasta culminar en el planificador obrero colectivo del capitalismo maduro, de transición. Sobre esta última figura podemos trazar algunos rasgos, porque ya hemos escuchado sus primeras palabras. Sabemos que con él no termina el desarrollo de la planificación emancipatoria, sino que, apenas, comienza. Pero es poco lo que podemos decir, y poco de ese poco lo que tenemos por conveniente aventurar.

Todo a lo largo de esa evolución, el planificador de la reproducción se va despojando de sus rasgos despóticos y, ya en su nueva forma, hoy incipiente: el *planificador obrero*, aparece dotado del timbre dignísimo de mandatario revocable: mediante el carácter concreto, vinculante, de su mandato, mandatarios y mandantes se funden en una *persona* colectiva dotada de una voluntad colectiva coherente y un poder inusitado, descomunal. La autoridad y la disciplina no desaparecen al perimir la arrogancia del planificador (hoy no desaparecida, sino todo lo contrario, pero irremisiblemente anacrónica), sino que son transformados en responsabilidad recíproca entre los

compañeros y solidaridad entre ellos frente a sus enemigos. Por importantes que sean, dejaremos de lado las dimensiones políticas y sociales del sistema de representación democrática que se desarrolla *pari passu* con el desarrollo del planificador de la reproducción, y nos atenderemos a sus determinaciones económicas.

Adoptamos la versión más abreviada posible de tales etapas: premercantil, mercantil, postmercantil. Nuestro interés estará enfocado en las tribulaciones específicas (historicidad) y etapas evolutivas (historia) del planificador mercantil.

### **El planificador absoluto**

El planificador premercantil está fuera de nuestro foco de interés principal, pero no podemos prescindir totalmente de él. Optaremos por fundir las infinitas formas y estructuras de reproducción premercantil, y por eludir a la vez la complejidad de la tarea de reconstruir sus etapas evolutivas, reemplazándolo por la versión abstracta del planificador genérico, que denominaremos planificador *absoluto*.

Esta aproximación introductoria a las tribulaciones del planificador absoluto de la reproducción (pariente consanguíneo de “la mano invisible” ciceroniana) nos dará ocasión para un rápido repaso de las nociones elementales más pertinentes.

[*Nociones de: producción (reproducción); trabajo (trabajo general); valor (valor praxiológico)*]

He aquí las nociones que escogemos como punto de partida: Producción, Trabajo, Valor.

El concepto de cada una remite al de las otras dos. Para establecer sus relaciones recíprocas más conducentes a nuestro propósito es preciso apartar algunas connotaciones, ciertas ambigüedades, de las palabras ordinarias que las designan, y ceñir su denotación a la más precisa por la que cobran significado en el concepto. La pequeña colección inicial se ampliará con la animación de otras nociones que no figuraban en la cuenta inicial, pero nacen de ella al unir sus elementos, o contraponerlos, o al mostrarse en ellos determinaciones adicionales.

Así como en el microscopio el objetivo de más aumento achica el campo de observación, así también se reducen estas nociones a su acepción más estrecha: producción a *reproducción*; trabajo, a *trabajo general*; y valor a valor genérico o *praxiológico*.

Se omite en ellas la indicación de formas históricas específicas. En las dos primeras nociones reducidas, además de hacerse (como en la tercera) abstracción de los rasgos y propiedades específicamente mercantiles, se deja a un lado una parte del todo.

En suma. En el valor genérico, o praxiológico, o, simplemente, *valor*, hacemos abstracción, como también lo hicimos en las otras, de *sus* formas históricas específicas (como las del Valor específicamente Mercantil). En las otras dos: reproducción y trabajo general, además, se quitan otras denotaciones. En reproducción, para recortar el ámbito de la determinación del valor, y centrar la atención en él, hacemos caso omiso de otras actividades y relaciones comprendidas en la producción en un sentido más amplio (como exploración, invención, innovación, consumo). Asimismo, en *trabajo general*, dejamos de lado otras manifestaciones del trabajo *en general*, no comprendidas en el proceso de reproducción: aquellas en las que el trabajo no cobra objetividad como trabajo general en el valor del producto social; entre ellas, hacemos

abstracción del trabajo consuntivo, el cual se distingue del trabajo productivo porque en éste el trabajador entabla una relación de carácter social general: producción.

Nos ocuparemos de la relación entre *reproducción*, trabajo *general*, y valor *praxiológico*. Al prescindir (como ya se indicó) de las determinaciones mercantiles de estas categorías (las cuales constituyen la preocupación principal de la economía política), nos limitaremos a considerar con exclusividad sus dimensiones genéricas.

\*

El nacimiento de la sociedad humana prehistórica estuvo indudablemente precedida por un largo proceso de diferenciación del ámbito de la reproducción en la estructura productiva primordial. Ese proceso hunde sus raíces en la historia natural. La diferenciación del proceso de reproducción económica culmina en nuestros días con la diferenciación tecnológica del capital industrial, que ha creado ya un nuevo escenario económico, social, político, histórico. ¿Estarán destinados nuestros descendientes a seguir arrastrando ese cordón umbilical, o lo cortarán?

¿Se revertirá en el futuro la tendencia a la diferenciación del proceso de reproducción? Al extinguirse, por ende, las determinaciones mercantiles del valor, ¿perderá vigencia *general* el principio praxiológico del valor? Y, en ese caso ¿conservará cierta relevancia, por ejemplo, local, o circunstancial?

Lo ignoramos. Pero en el lapso de evolución propiamente histórica al que nos circunscribimos aquí, consideramos la dimensión praxiológica de las categorías (actividades, relaciones) económicas como independiente de sus formas históricas específicas y común a todas ellas.

En este enorme tramo de nuestra evolución, *la reproducción* divide los bienes que componen el producto social en dos clases: los reproducibles (o, en el léxico ricardiano, “multiplicables”), y los no reproducibles. Sólo poseen *valor* los de la primera clase. Podemos componer entonces un juego de definiciones que enlaza estas nociones básicas: *Reproducción* es producción de valor. Trabajo *general* es trabajo representado en el valor. *Valor* es la propiedad de los productos reproducibles por la que éstos representan trabajo humano general. En este contexto, la expresión “valor de los bienes o productos reproducibles” es pleonástica.

### ***Algo más sobre estas nociones introductorias***

*Reproducción.* Dadas las condiciones materiales en que llevamos a cabo una secuencia de tareas, el orden y la forma en que la realizamos determina el resultado, dentro de un cierto rango de tolerancia. En toda sociedad humana la producción material se lleva a cabo conforme a *técnicas* de trabajo que varían incesantemente. Las técnicas se corrigen, se perfeccionan, se adaptan, se reemplazan por otras. La variación cultural (y de la cultura técnica en particular) es expresión de la capacidad atávica singular por la que la sociedad humana se adapta a los escenarios más diversos y progresa sin cesar.

Pero en esa variación hay, a la vez que discontinuidad, continuidad; junto a mudanza, inmutabilidad. Hagamos caso omiso del cambio, y nos representaremos el proceso de producción reducido a su aspecto iterativo, invariable: el proceso de *reproducción*. En la reproducción, la producción es un proceso que se repite, idéntico a sí mismo en lo que atañe a las técnicas de trabajo. Cambia, en más o en menos, la escala general de la reproducción social, y cambian asimismo las proporciones en que se reproducen diversos productos. Gobernar este movimiento es el cometido del *planificador* de la reproducción. ¿Cuál es su finalidad, de qué medios dispone para servirla, cómo cumple su misión en las distintas estructuras históricas que caracterizaremos? De estas

cuestiones nos ocuparemos en seguida. Para “echar a andar” el concepto contenido en esta noción, hay que recordar que la producción es siempre (en todas sus formas históricas) la *unidad de dos procesos*, uno técnico-material, otro social general. Ahora bien, esa unidad debe verificarse también en la reproducción. Veamos ahora qué implica esto en las otras dos nociones.

Trabajo general. En el proceso de reproducción el trabajo del productor (individual o colectivo) se reduce a la vez: de individual a particular, de particular a general, de técnico-material a social, de trabajo en general a trabajo social *general*.

El momento subjetivo de esta reducción múltiple, por la que el trabajo cobra objetividad como valor del producto, es de carácter genérico (o ahistórico), y es estrictamente negativo: al productor le resulta –y debe resultarle– indiferente llevar a cabo su trabajo en una modalidad técnica u otra, dentro de las establecidas (estándar). Por esta condición el productor que domina varias técnicas considera a sus diversos productos de un mismo período de trabajo de igual intensidad como otras tantas representaciones de su trabajo, y a éste sólo como un medio indistinto para obtener unos u otros. En tanto valores, los productos materialmente diferentes se comparan unos con otros únicamente como cantidades de algo igual. (Al lector le tienen que resonar aquí conocidos pasajes de la obra mayor de nuestro patrimonio científico).

Valor. Los productos reproducibles son bienes de carácter dual: material y social. En tanto bienes materiales, es menester que sean útiles. En tanto objetos sociales poseen dos atributos: la utilidad (en virtud de su doble determinación material), y el valor. La condición por la que tienen que ser útiles aparece en ambos polos. En virtud de esta exigencia, es decir: en tanto cosas útiles, estos bienes están afectados por aún otra doble determinación: cualitativa y cuantitativa: deben tener propiedades útiles (Ricardo) y estar presentes en una cantidad dada (Marx).

(La primera dualidad no es superada en la utilidad sino que, al revés, la utilidad misma se escinde en “objetiva” y “subjetiva”. Pero esta escisión es inestable, porque contiene la mediación recíproca entre el sujeto y el objeto en general. La dualidad de los productos reproducibles se supera en el proceso mismo de creación y objetivación del valor: en la producción, actividad social, constitutiva del sujeto.)

### ***El principio praxiológico del valor. Tribulaciones del planificador de la reproducción***

Debemos atenernos estricta y exclusivamente al proceso de reproducción. En consecuencia, haremos caso omiso de todo cambio en las técnicas de trabajo y de toda actividad productiva encaminada a producir ese cambio.

La dotación social de técnicas está dada. Cada una determina las cualidades propias particulares de otro bien reproducible. Esta correspondencia es biunívoca. El conjunto de técnicas que posee cada trabajador individual también está dado y diremos que conforma *sudominio técnico*. Todos los trabajadores estarán ocupados.

Los trabajadores individuales difieren generalmente unos de otros en la composición de sus dominios técnicos. Algunos poseen posiciones de las que otros carecen. La posición que cada uno ocupe dentro de su dominio técnico para el próximo período de trabajo es para él materia de indiferencia subjetiva: tanto le da realizar un tipo de tarea como otra. Su trabajo en el marco de la reproducción es, según el concepto, trabajo general. Pasa de una posición a otra sin fricciones ni trabajo adicional. El trabajador estará siempre por lo menos en una posición técnica, pero puede estar en más de una, repartiendo por ejemplo la jornada o la semana, de modo que su producto puede ser una mezcla de varios (si se quiere, supóngaselos “infinitamente divisibles”). Durante un determinado

lapso de trabajo, no podría aumentar la cantidad que produce de un bien sin disminuir la cantidad que produce de otro.

Para hacer más sencilla una primera aproximación, suponemos nulas en cada período de trabajo las existencias iniciales y finales de los productos; asimismo, inexistentes e innecesarias las condiciones materiales reproducibles (vale decir, el equivalente *genérico* del capital constante marxiano). El producto social se compone entonces únicamente de productos de consumo final: tal es la configuración *cualitativa* del producto social: está dada por la colección de técnicas dadas e inmediatamente asequibles (sin aprendizaje adicional) para algunos trabajadores, y sus correspondientes condiciones materiales no reproducibles. Las variaciones en la configuración *cuantitativa* del producto social son gobernadas por el planificador de la reproducción.

El trabajador carece de preferencia directa por (ocupar, realizar, obtener) una u otra posición técnica, uno u otro tipo de trabajo, uno u otro tipo de bien. Pero el planificador no participa de tal indiferencia. Tiene una misión que cumplir: “año” tras “año” (si llamamos así los períodos de trabajo), asignando y reasignando a todos y cada uno de los trabajadores individuales dentro de sus respectivos dominios técnicos, gobernará (dentro de las restricciones dadas) las variaciones en la composición *cuantitativa* del producto social. Intérprete del interés común, y representante de la voluntad de todos, el planificador asignará para cada período de trabajo a cada trabajador a una posición técnica dada en su respectivo dominio técnico.

Dada la composición cualitativa del producto social, las condiciones técnicas del proceso de reproducción determinan el conjunto de configuraciones cuantitativas asequibles. El planificador tiene presente la lista y la descripción completa de las configuraciones del producto social asequibles en el período del plan (con los recursos técnicos vigentes, las capacidades laborales disponibles, y las restricciones materiales dadas). Cada una de tales configuraciones es una mezcla de bienes reproducibles, en la que éstos están presentes en distintas cantidades. Incumbe al planificador de la reproducción reasignar a los trabajadores en sus dominios técnicos respectivos con el fin de alcanzar en el período corriente el producto social combinado favorito entre todos los asequibles. (Esto equivale a reubicarlos cada “año” en los nichos de la división social del trabajo y variar de este modo las proporciones en que se reproducen distintos bienes).

El planificador desearía descartar aquellas configuraciones del producto social que (aunque cumplen con la condición del óptimo técnico individual) no cumplan la condición de eficiencia técnica. Satisfacen esta condición las mezclas de producto en las que sólo mediante la reasignación de trabajadores no podría aumentar la cantidad de un bien reproducible a) sin disminuir la cantidad de otro, y b) sin aumentar el valor unitario de uno o varios productos.

Pero hay mezclas de producto que cumplen la condición a), pero no satisfacen la condición b). Junto con las que cumplen ambas condiciones, constituyen la *frontera de la producción*. Conviene suponer que una, y sólo una, de las colecciones de frontera verifican, además de la condición a) la condición c): son, entre todas las combinaciones asequibles, *la favorita*.

El desiderátum del planificador de la reproducción es conciliar el óptimo técnico de la producción con la composición favorita del producto. Suponemos que en general ninguna colección que no cumpla la condición a) es preferible a alguna que la cumple. Pero no se sigue de esto que la colección favorita, que por definición cumple con c), cumpla también con b). En otras palabras, no está garantizado que el producto favorito coincida con la composición del producto correspondiente al óptimo técnico social.

Ahora bien, en la misión del planificador debe prevalecer la finalidad de alcanzar el producto favorito entre los productos que marcan la frontera de la producción. ¿Deberá resignar eficiencia técnica para lograr la composición favorita? Para evitarlo, “permitámosle” al planificador ampliar (de un modo instantáneo y gratuito) los dominios técnicos de algunos trabajadores (escogidos al azar) para que pueda conciliar el óptimo técnico con la *utilidad* óptima.

Suponemos que entre todos los productos asequibles hay un único favorito. Si se diera el caso que dos o más configuraciones sólo alcanzables mediante la utilización de la totalidad de los recursos productivos, ni más ni menos, fueran igualmente preferibles, el planificador optará por una. (No vale la pena que nos detengamos en esta cuestión que ya ha recibido una atención desmesurada, incluso obsesiva: para decirlo en una jerga que hace unas décadas estuvo de moda, la recta de balance es tangente a la curva de indiferencia más alta que ella alcanza, o lo que es igual, la toca en un único punto. Sólo hay que suponer que la sociedad, tal como la interpreta el planificador, tiene en este sentido un comportamiento semejante al de un comprador que, con un presupuesto dado, compone su compra: nuestra propia experiencia práctica nos dice que podemos tener un instante de perplejidad ante una elección; podemos equivocarnos, y arrepentirnos luego, pero, como norma, ¿quedamos pasmados ante los términos de una opción?)

El planificador tiene una misión. Explicar cuál es y cómo la cumple, pone en juego el concepto fundamental de la economía política, por ahora sólo en su dimensión genérica.

### ***Cómo se cumple el principio praxiológico del valor a través del planificador de la reproducción***

El planificador de la reproducción, al que no hemos dotado aún de especificaciones históricas, sabe y puede. Por eso lo calificamos de planificador absoluto: en el marco de su cometido es omnisciente y todopoderoso. Conoce las capacidades laborales de todos y cada uno de los trabajadores, expresadas en la lista de las cantidades de los diversos productos que cada uno de ellos puede obtener en un período de trabajo, en cada posición (o combinación de posiciones) de sus dominios técnicos respectivos. Puede, así, comparar las capacidades productivas de los trabajadores que operan en una misma posición técnica.

Aquellos trabajadores que cultivaron una misma destreza o habilidad la dominan en grados diversos: unos producen más unidades del bien reproducible correspondiente, en un mismo período de trabajo, que el promedio; otros igual, otros menos. De los trabajadores supra-promediales se dice que tienen *ventaja absoluta*; de los infra-promediales que poseen *desventaja absoluta*; y de los promediales, que carecen de tales ventajas o desventajas.

El promedio relevante para distinguir entre esas ventajas no es (en nuestro ejemplo, para simplificar) el de los trabajadores que poseen una determinada habilidad técnica sino el determinado por el rendimiento de los trabajadores efectivamente asignados a una línea de reproducción dada. Este promedio, en general, será igual o más alto que aquél.

Se comprende que las ventajas absolutas no ofrecen al planificador de la reproducción un criterio suficiente para guiarlo en la asignación óptima de los trabajadores que, en general, poseen varias posiciones técnicas (es decir, nichos de la división social del trabajo que les son inmediatamente accesibles). Repasemos: el planificador puede extender el dominio técnico de algunos trabajadores, de modo que queda excluido el eventual divorcio entre los dos vectores de bienes reproducibles agregados (la

configuración favorita y la técnicamente óptima). Ambas configuraciones, la técnicamente óptima y la elegida como más apetecible, o favorita, son una misma. El planificador de la reproducción no tendrá que resolver el problema de conciliarlas. Entonces se limitará a alcanzar la configuración técnica óptima del producto social mediante la reasignación de los trabajadores individuales y, si es menester, dotando a algunos de ellos de posiciones técnicas adicionales. Bastará (con una excepción que aparecerá en seguida) que aplique mecánicamente un criterio único y simple: ubicar a cada trabajador en la posición en la que tiene ventaja *comparativa*.

Para establecerla *comparará* las ventajas absolutas que tiene *cada* trabajador en cada una de las posiciones –ramo, renglón, especialidad, etc. – comprendidas en su dominio técnico. Con arreglo a esta terminología acaso inadecuada pero consagrada por el uso desde hace más de doscientos años, dicese que un trabajador que en su dominio técnico opta entre varias posiciones, tiene ventaja comparativa donde posee *más* ventaja absoluta (si tiene ventaja absoluta en varias), o *menos* desventaja absoluta (si la tiene en todas), o *ninguna* desventaja absoluta (si en todas las restantes posee desventaja absoluta). O puede carecer de ventaja comparativa. Tal el caso si no tiene ventajas o desventajas absolutas o las tiene iguales en varias posiciones (he aquí la excepción que anunciábamos unos párrafos más arriba). En este caso el planificador dirimirá la indeterminación escogiendo el vector favorito.

Mañana podrán haber cambiado las circunstancias, el nivel y la estructura de la población, las preferencias, los rendimientos agrícolas, acaso las técnicas, pero nosotros ya no acompañaremos al planificador en la repetición incesante de su tarea. Por hoy, terminó su cometido, pero nosotros no el nuestro.

\*

El principio más general y más abstracto de la ciencia económica ya fue ilustrado suficientemente: independientemente de sus modalidades históricas particulares, el planificador de la reproducción puede definir su cometido adoptando la célebre fórmula austro-británica: *satisfacer necesidades múltiples utilizando un bien escaso susceptible de aplicaciones alternativas* (y ubicándola en el concepto de valor con ciertos recaudos que no es el caso discutir ahora).

El planificador absoluto comparte sus tribulaciones el planificador de carne y hueso que brega en la vida histórica, pletórica y concreta. Para reseñar su misión en la forma más sencilla debimos dotarlo de rasgos ficticios, extravagantes: debía ser omnisciente y todopoderoso. Debía ser absolutamente arrogante. Llevados al extremo, estos supuestos no sólo son absurdos sino, también, inconsistentes. Nos interesa especialmente subrayar la incompatibilidad entre los dos primeros y el tercero. En efecto. Pasaremos ahora a bosquejar al menos someramente el desarrollo histórico del planificador de la reproducción. Veremos que la capacidad de planificación y el grado de arrogancia del planificador están invariablemente en relación inversa. La arrogancia es correlativa a la irresponsabilidad; la planificación alcanzará su plenitud con el perfeccionamiento de la representación política la cual, bien entendida, es idéntica a la responsabilidad.

[*El planificador de la reproducción premercantil*]

No podemos detenernos en las variadas formas de sociedad premercantil, sino apenas indicar las características generales de su sistema de reproducción en contraste con la reproducción de mercancías. En términos generales, nuestra descripción de cómo opera el planificador ficticio de los párrafos anteriores da cuenta del planificador de la reproducción mercantil, siempre que matemos sus poderes tremendos (y contradictorios).

Su sapiencia ilimitada se vuelve verosímil en el contexto de una sociedad en la cual, a los efectos prácticos de la vida cotidiana, la producción social se agota prácticamente en el proceso de reproducción. El progreso técnico, extraordinariamente lento, está marcado por eventos excepcionales (invasiones, contacto con otros pueblos). La división del trabajo es estática, al punto que se fija culturalmente por su carácter consuetudinario, y se acompasa con la alternancia estacional. La figura del planificador se confunde con la del estratega, patriarca, jefe, fundador, mago, y cobra perfiles legendarios o religiosos. Tiene poca ocasión de intervenir en la vida de todos los días. Esta característica contrasta fuertemente con el sistema de reproducción mercantil, tal como se despliega en su plenitud sólo en el marco del capitalismo mundial. Allí el progreso técnico va adquiriendo un ímpetu avasallador, a la vez que la reproducción se diferencia nítidamente, cada vez más, como un ámbito definido dentro de la estructura productiva.

Pero hay que destacar, correlativamente, otra característica distintiva entre los sistemas de reproducción social premercantil y mercantil. Aquél es integrado, múltiple y disperso, éste es un sistema singular de fragmentos unificados. En efecto, la historia premercantil es la de múltiples sociedades en la faz del mundo, sin contacto regular entre sí. En decisivo contraste, la producción mercantil, bajo el impulso capitalista, fragmenta las sociedades del mundo y las unifica en un sistema mundial único de reproducción de mercancías: obra incesante y efectiva, como se verá, del proceso de objetivación universal del valor en su forma mercantil.

La consecuencia de esto último nos atañe directamente (a nosotros, que procuramos reconstruir la historia económica a través de las fases evolutivas del planificador de la reproducción): el planificador absoluto era (en cada mundo social separado) *único*, su sucesor mercantil es múltiple. El objeto directo de planificación de los planificadores fragmentarios no es la reproducción misma (su totalidad concreta) sino un fragmento del proceso de trabajo: un trabajador, individual o colectivo. Lo mismo que el planificador general directo, el planificador fragmentario indirecto deberá reasignar a los trabajadores comprendidos en su jurisdicción, colocándolos en aquellas posiciones de sus respectivos dominios técnicos donde posean ventajas comparativas. Pero aquí las tribulaciones del planificador mercantil se ahondan, y también las del economista que procura comprenderlas.

Consideraremos el desempeño de los sucesores mercantiles del planificador absoluto en las siguientes instancias: i) la mercancía intersticial, ii) la mercancía del capital, iii) el capital indiferenciado, iv) el capital diferenciado, v) la economía de transición.

En esta última, frente al planificador capitalista se levantará un rival decidido a suplantarlo. Lo logrará cuando a logre invertir la subsunción del capital simple; pero ya entonces el capital mismo estará en camino de su extinción.

Se habrá echado de menos en esta enumeración la figura del Estado. Es por demás evidente que en todas las etapas de la planificación capitalista, el Estado capitalista desempeña un papel central, al punto que para muchos no hay otra manifestación de planificación capitalista que la realizada por el Estado. No figura, empero, en nuestra exposición, donde no nos proponemos historiar la planificación y sus distintas formas sino que nos valemos de la figura poco reconocida pero infaltable del planificador capitalista, tal como aparece en la sociedad Civil. Es decir, en ese ámbito tan elusivo y singular de la sociedad capitalista, que nunca reviste facciones inequívocas en esta sociedad, pero parece dibujarse en períodos breves de su historia y aún entonces en localizaciones geográficas limitadas, como contrafigura de la promesa nunca cumplida pero siempre renovada del Estado Moderno (encarnación de la voluntad común, imperio de la soberanía popular y, por tanto, guardián del interés general, custodio de los altos

valores de la civilización humana). La sociedad civil es inmanente a la sociedad capitalista, y el capital su ímpetu y su lógica, aún cuando en todas las etapas del desarrollo capitalista la configuración de subsistemas de dominación de unas empresas capital sobre las condiciones de acumulación de otras empresas desdibuje groseramente la frontera entre la sociedad civil y la sociedad política.

Los subsistemas de dominación de unas empresas por otras se cruzan en interfaces superpuestas, tienen límites volátiles y cambiantes; en su interior las relaciones mercantiles, dinerarias y de capital sufren transformaciones que, vistos hoy retrospectivamente, anticipaban desde temprano su agotamiento. La ciencia económica, al estudiar la trama de la producción capitalista, explica la “anatomía” (Marx) de la sociedad civil (propia y exclusiva de este sistema), y dilucida sus leyes de ajuste y transformación.

Por eso nuestra reseña de las tribulaciones del planificador de la reproducción, aunque se centra en sus escenarios capitalistas, y precisamente por eso, hace caso omiso de la planificación estatal. Por lo demás, la correspondencia entre esas instancias expositivas y el orden cronológico de las estructuras históricas no es estricto. La mercancía intersticial precede largamente a la mercancía del capital, pero ésta no es anterior al capital sino que lo representa (dice Marx) en su forma “más general y más abstracta”. De la misma manera, el capital indiferenciado es una forma todavía abstracta del capital: las etapas de desarrollo capitalista están marcadas por las distintas estructuras de capital diferenciado, las cuales, ellas sí, se disponen en una secuencia cronológica: la diferenciación tecnológica del capital industrial remata esa secuencia, y constituye la condición histórica para la configuración de la última instancia, cuyos prodromos se hacen presentes en nuestros días.

En todas ellas el planificador de la reproducción mercantil es de carácter fragmentario, en un doble sentido: actúa directamente sobre un aspecto de la reproducción: el proceso de trabajo, y sólo sobre un fragmento de este proceso social. A esto que debe aparecer para el sentido común como una doble y severa amputación, hay que añadir que, a diferencia del planificador absoluto, todopoderoso en su disposición sobre el trabajo social, el planificador capitalista desconoce las determinaciones del valor. Y sin embargo, estas limitaciones no le impiden planificar la articulación y la rearticulación de un sistema reproductivo infinitamente más vasto, más complejo, más dinámico, más preñado de progreso, más espléndido, que todos los que pudo construir o tan siquiera imaginar el mundo antiguo.

La tarea del planificador fragmentario es esencialmente la misma que la del planificador absoluto: asignar a los trabajadores a las posiciones técnicas en las que posean ventajas comparativas, difundir convenientemente las técnicas ya consagradas, todo ello para lograr y volver a lograr el ajuste entre el óptimo técnico y el vector de demanda final escogido. Pero su inferioridad en ambas facultades es abrumadora: ignora las determinaciones del valor de todos los productos, y sólo tiene poder de mando sobre una porción minúscula del trabajo social. Entonces, ¿cómo lo logra?

Hay que reconocer que el cometido del planificador fragmentario es poco menos que imposible. A las limitaciones ya señaladas de información y poder de disposición, se añade una dificultad abrumadora: la reproducción fragmentada no es, inmediatamente, reproducción. Recordemos que la reproducción social es la unidad de un momento material y uno social, y que esa unidad sólo se consume al lograrse la articulación del sistema como un todo, o es idéntica a ella.. El problema del carácter sólo virtualmente social del trabajo que produce mercancías, vale decir, del trabajo fragmentario generalizado, se clarifica en el primer capítulo del *Das Kapital*: los productores de mercancía son productores privados e independientes (y por tanto, acotamos,

productores sólo virtuales): su trabajo no es social *ex ante*, y tampoco lo son sus productos, sino que ambos, trabajo y productos del trabajo, cobran carácter social sólo *ex post*, con la realización de la mercancía. Sin embargo sabemos que lo logra. Nuevamente, ¿cómo?

Según. Depende de la complejidad y el grado de desarrollo de las formas mercantiles del valor y de las formas capitalistas del plusvalor, por eso la respuesta variará según recorramos las distintas instancias o estructuras de la producción mercantil que pasaremos a considerar. Pero, por mucho que varíe esa estructura, tanto el problema básico como su solución general son comunes a todas ellas. En su ignorancia y su impotencia, es indudable que algo sabe y algo puede y quiere. Y que la conjunción de estas tres condiciones tiene que ser suficiente para su asombroso desempeño histórico. Pero ese resultado requiere, a su vez, que se comporte del modo previsto por el principio praxiológico del valor, para asegurar la vigencia de este principio en el movimiento de la estructura de la reproducción.

El planificador de la reproducción de mercancías es fragmentado y múltiple. Actúa en el corazón del sistema reproductivo, corrigiendo permanentemente las proporciones en que asignó trabajo a sus distintas modalidades técnicas y de este modo adecuando permanentemente la composición del producto. Pero tiene un auxiliar milagroso, un ser que opera desde el exterior de las relaciones sociales, sin estar involucrado en ellas, pero brindándole un servicio providencial al conjunto de los planificadores fragmentarios. Es conocido como el árbitro walrasiano (en adelante, “w”). Merced a sus buenos oficios, los precios de realización de las mercancías serán tales que siempre despejarán los mercados.

Guardémosle gratitud. Porque asegurado (por hipótesis) el equilibrio del mercado, podremos concentrarnos en el problema de cómo de la interacción entre los planificadores de la reproducción mercantil resulta el equilibrio del sistema de reproducción; cómo, en otras palabras, la vigencia de la “ley del valor” es mediada por el comportamiento fragmentario de los planificadores de la reproducción mercantil. (Conviene recordar que el árbitro “w”, por ignorante, indiferente e insensible que resulte con relación a las determinaciones del valor de las mercancías, sin quererlo, sin saberlo, sin sospecharlo siquiera, al aplicar sus propias normas, del todo ajenas de suyo a dichas determinaciones, lo hará al servicio de la “ley del valor” y se ceñirá a la restricción global impuesta por la misma. En efecto: los valores de realización de las mercancías que él autoriza se apartarán por lo general, unos en más, otros en menos, de los respectivos valores intrínsecos de las mismas, pero la suma algebraica de tales desvíos es necesariamente nula).

Hemos planteado en términos generales el problema que desvela al agente de la planificación fragmentaria. Lo hallaremos empeñado en soluciones distintas según recorramos las diversas estructuras de la reproducción fragmentaria en sus formas mercantiles y capitalistas.

### *i) La mercancía intersticial*

La economía mercantil intersticial (incipiente, indiferenciada) se distingue de todas las restantes formas de producción mercantil porque en ella el trabajo, que como en todo sistema de reproducción, mercantil o premercantil, constituye (dice Marx) “la substancia del valor”, es también *su medida directa*: los productores acuden al mercado conociendo el valor de las mercancías propias y ajenas. Esto no garantiza, ni mucho menos, que intercambiarán sus mercancías en sus valores. Las cambiarán al precio autorizado por el árbitro “w”. En otras palabras, su valor de realización, al que

hemos denominado valor *mercantil*, estará determinado por las condiciones inmediatas del mercado (la “escasez” ricardiana, las funciones de demanda neta catalácticas).

Los productores intersticiales sabrán con precisión y certeza en cuáles de sus posiciones técnicas poseen ventajas comparativas. Si su finalidad fuera inmediatamente la misma que la del planificador absoluto, que antes vimos en acción, no vacilarían en ocupar las posiciones donde tienen ventajas comparativas y en crear otras nuevas si con la configuración dada de difusión de las técnicas de trabajo no se lograra el ajuste óptimo de la estructura productiva. Pero nada puede ser más ajeno a sus propósitos.

El día de feria no se trabaja. Los productores responden a los tanteos del árbitro, y, cuando éste lo autoriza, concluyen sus tratos y cierran sus transacciones a los precios estipulados. Al cierre, cada productor deberá actuar como planificador fragmentario, escogiendo el producto que confeccionará en el período de trabajo que ahora comienza. Espera que en la próxima ronda de mercado se repetirán los precios de cierre de la última. El productor individual actuará como planificador de su propio trabajo.

Si posee ventajas comparativas, se colocará donde la posee (en coincidencia con la posición que le asignaría el planificador absoluto) sólo cuando, en base a su conocimiento de las condiciones de reproducción de todas las mercancías, compruebe que los valores mercantiles coinciden con los valores inmanentes. Los precios relativos son entonces idénticos a los valores relativos. Las mercancías se cambian en sus respectivos valores. Suele decirse que en este caso se cumple la ley del valor. El planificador repetirá el plan del día anterior.

Pero esa situación es efímera, ya que son muchas las circunstancias cambiantes que ora modifican las condiciones de reproducción, ora las de demanda. El árbitro “w” ignora por completo la “ley del valor”, y es precisamente merced a esta ignorancia que contribuye a mantener su vigencia en la reproducción mercantil.

En efecto, el árbitro del mercado, mediante el gobierno de los valores *mercantiles*, barre todos los días los mercados, eliminando en cada uno de ellos las ofertas y demandas no satisfechas: las mercancías forman conjuntos cualitativamente homogéneos, y al cierre de las operaciones la cantidad ofrecida y la cantidad demandada de cada tipo o clase de mercancía son idénticas. Los precios son la expresión dineraria de los valores *mercantiles*, y, como éstos, quedan establecidos cuando el árbitro concluyó su tarea del día, con prescindencia de las determinaciones del valor.

A continuación, los planificadores fragmentarios reconsideran sus respectivos planes de trabajo. Cada uno ignora los planes de los otros, de modo que no tiene otra guía para predecir los valores de realización de sus propios productos que los precios más recientes. Apostará a que éstos se repetirán en la próxima ronda de mercado. Pero estamos en una economía mercantil intersticial, donde el planificador fragmentario dispone de la medida universal del valor. Mientras opera en el mercado, ese conocimiento es irrelevante en la determinación de los precios, y es por eso que para el árbitro “w” es un mérito carecer de ella. Pero a la hora de reformular los planes de trabajo, el planificador mercantil intersticial percibe las diferencias, si las hubiera, entre valores mercantiles y valores. Y esas diferencias orientarán sus planes, que se inclinarán a favor de los productos cuyo valor mercantil sobrepasan los respectivos valores. De este modo el conjunto de los planificadores fraccionarios se comportarán de modo tal que en la próxima ronda de mercado aumentarán las cantidades ofrecidas de los productos cuyos valores mercantiles sobrepasan sus valores intrínsecos, y, reducirán las cantidades ofrecidas de aquéllos que se estaban cambiando por menos de su valor.

Al corregirse de este modo, tendencialmente, el desvío de los valores mercantiles respecto de los valores correspondientes, se alcanza un resultado parecido al que obtenía el planificador absoluto. ¿Es el mismo? En términos generales sí, pero adviértase que

allí no se mencionaba, y no era menester hacerlo, que los productos que requieren para su reproducción iguales tiempos promediales de trabajo poseen el mismo valor. Ese resultado estaba, por así decirlo, implícito, pero era de suyo superfluo mencionarlo. Lo mismo se comprobará cuando pasemos a considerar las tribulaciones del planificador fragmentario en el caso de la mercancía del capital.

ii) *La mercancía del capital.*

La mercancía intersticial era un trato entre paisanos, entre vecinos. Ninguno de ellos recorría la aldea “cronometrando” las labores, pero todos los adultos tenían una idea práctica aproximada de cuánto tiempo de trabajo se requería usualmente para obtener un determinado producto. Por cierto, trabajo “habitualmente requerido”, “aplicado”, “pretérito”, etc., no es conceptualmente lo mismo que “necesario para la reproducción”. Pero, en una sociedad en la que la mercancía tiene apenas un desarrollo incipiente, esto es apenas una sutileza rebuscada y fastidiosa, porque entre el falso concepto de valor y el verdadero no hay diferencia *práctica*. No la hay, sencillamente, porque las condiciones de reproducción de las mercancías, sin contar las variaciones completamente naturales, como climáticas, etc., son, para la experiencia cotidiana, inmutables. La economía mercantil intersticial, tal como existió largamente, observa Marx, en los *intersticios* del mundo precapitalista, es también la que el propio Adam Smith pintó con rasgos indelebiles:

*“In that early and rude state of society which precedes both the accumulation of stock and the appropriation of land, the proportions between the quantities of labour necessary for acquiring different objects seems to be the only circumstance which can afford any rule for exchanging them for one another”.*

Pero el mundo ha cambiado, y con él el medio social en el que se desenvuelve el planificador mercantil. Desaparece la feria local, donde los vecinos más o menos próximos encontraban ocasión de hacer vida social a la vez que intercambiaban sus productos reproducibles, apenas incipientemente mercantiles. En el marco impetuoso del desarrollo capitalista que transforma el mundo humano y, objetivamente, al unificarlo brutalmente, la mercancía alcanza su desarrollo pleno como mercancía del capital. Pero ahora el planificador mercantil se enfrenta con novísimas tribulaciones.

El planificador ha perdido pie, y debe nadar en aguas oscuras y turbulentas. *Extravió la medida del valor*, y, sin embargo, debe mediar de todos modos, es decir, de algún modo, en el proceso de su objetivación. La “ley del valor” no puede tener vigencia aquí como la tenía “en ese estadio temprano y rudo” de la historia humana, cuando el planificador absoluto o, en su defecto, el planificador mercantil intersticial, aumentaba o disminuía las proporciones de la producción material para alcanzar la composición más conveniente del producto. El productor intersticial tenía para ello la guía de la medida del valor. Si los valores mercantiles coincidían con los valores correspondientes, entonces, la posición más ventajosa coincidía con aquélla en la que gozaba de ventaja comparativa. Pero si los valores mercantiles se apartan suficientemente de los valores (más allá del umbral de las ventajas absolutas diferenciales involucradas en las ventajas comparativas), entonces la posición más ventajosa no coincidirá con la ventaja comparativa.

Su sucesor capitalista no faltará a su deber de contribuir mediante su comportamiento atomístico al ajuste general del sistema de reproducción, regido por la ley del valor mercantil (modificada, recordaremos más tarde, por la forma capitalista del plusvalor).

Esto es así, porque la información privilegiada de que disponía el productor intersticial de mercancías sobre las determinaciones sociales del valor, conocimiento que le permitía recurrir a la medida primordial de valor para guiar su elaboración del plan de trabajo, era, como lo muestra el desarrollo de la mercancía del capital, superfluo. El productor de mercancías, cuyo comportamiento es la mediación necesaria del proceso de objetivación del valor, no necesita para ello conocer el valor de las mercancías. Podemos decir sobre el planificador de la reproducción mercantil lo mismo que dijimos sobre su auxiliar, el árbitro “w”: su ignorancia es virtud.

Para comprender cabalmente cómo se llega a este resultado conviene que nos remontemos nuevamente al planificador absoluto. Recordemos que en ningún momento fue necesario observar que cuando halla el óptimo y decide la ejecución de los planes correspondientes, los productos que obtendrá poseen cada uno un valor determinado. Esto, sin embargo, era harto evidente. Pero la relación productiva no se entablaba por medio del intercambio de productos reproducibles, de modo que la vigencia del principio praxiológico del valor no requería la mediación del valor mercantil. Pasemos al planificador de la reproducción de la mercancía del capital. Si careciera de ventajas comparativas, y lo supiera, podría considerar que todos los productos representados en su frontera de producción individual poseen el mismo valor. Si tuviera una ventaja comparativa, esa proposición no sería verdadera: el producto de su posición aventajada tendría más valor que los otros que puede obtener en el mismo período de trabajo. Por eso el productor de la mercancía intersticial tiende a ubicarse donde posee ventaja comparativa. Pero el mismo productor intersticial abandona esa norma cuando observó discrepancias significativas entre valores y valores mercantiles. Ahora bien, el productor del capital ignora las determinaciones del valor, ignora si posee ventajas comparativas, ignora la norma del productor intersticial, y sin embargo se comporta como éste, y precisamente mediante este comportamiento descomedido se cumple la “ley del valor”. Pero no directamente, sino como resultado de la ley específicamente mercantil del valor: *la ley del valor mercantil*.

Para ello es necesario un cierto movimiento de los precios, independiente de las determinaciones del valor, tal como lo ilustra la metáfora acertadísima del árbitro “w”. Paradójicamente, sin ese movimiento, *inmediatamente* independiente del valor, no operaría la ley del valor mercantil, ni, por ende, la “ley del valor”. Ésta, en la economía mercantil, es necesariamente mediada por aquélla.

Para entender cómo opera la ley del valor mercantil y, por su intermedio, la ley del valor, o el principio genérico de valor, es conveniente adoptar la hipótesis “w”. Los valores mercantiles, se supone, satisfacen las condiciones de equilibrio del mercado. Difieren, en general, de sus valores respectivos, y es esta discrepancia la que desencadena los movimientos del ajuste correctivo, regidos por el principio del valor.

Diremos entonces que el productor de mercancías no se guía por las ventajas comparativas genéricas, sino por las ventajas comparativas *mercantiles*. En general, éstas diferirán de aquéllas. El comportamiento “atomístico” (Marx) de los planificadores, al procurar el máximo rédito posible en valor mercantil en cada situación esperada de mercado, tenderá a eliminar tendencialmente la discrepancia entre valores mercantiles y valores.

### *iii) El capital indiferenciado.*

Sobre la forma mercantil del valor recordemos solamente que es la forma *necesaria* del valor mercantil, y el resultado de su proceso de objetivación. La mercancía del capital se desdobra en mercancía común y mercancía dineraria, y merced a este desdoblamiento

una cantidad dada de valor mercantil se expresa como cantidad de unidades de cuenta, como precio. El dinero no resulta así directamente la medida general del valor sino como la medida general del valor *mercantil*. En el caso de la mercancía del capital no hay ninguna medida universal del valor. Pero, como consecuencia de la ley del valor específicamente mercantil, o la ley del valor mercantil, los valores mercantiles tienden a coincidir con los valores respectivos.

La exposición clásica sobre el desarrollo de la forma del valor y la transición al capital está en las primeras dos secciones del *Das Kapital*. Para nuestro propósito, empero, la explicación sobre “cómo se transforma el dinero en capital” debe matizarse con exposición sobre las determinaciones mercantiles del capital. Lo haremos en este apartado muy sucintamente. En efecto. La circulación de mercancías M-D-M *generalizada* presupone la rotación del capital D-M-D. Esta última es la imagen de las metamorfosis mercantiles/dinerarias del capital. En la misma simbología marxiana, la imagen del pasaje de capital en potencia a capital realizado es D-M-(1+ l)D.

Ahora bien, la medida del rendimiento del capital en un período de registro convencional, el “año”, la tasa anual de ganancia, es  $g=(pq-rK)/K$ , donde el numerador simboliza la cuantía de valor mercantil apropiada por el capitalista como plusvalor, o *ID anual*, y si asimilamos  $K$  al valor mercantil  $D$  lanzado por el capitalista al comienzo del ejercicio, resulta  $g=l$ . Tal es la tasa de ganancia empírica que el planificador capitalista de la reproducción procura afanosamente maximizar.

(En  $g=(pq-rK)/K$ ,  $g$  es la tasa anual de ganancia,  $pq$  el valor mercantil del capital mercancía realizado,  $r$  la velocidad de rotación del capital, y  $K$  el capital comprometido. Obsérvese que  $gK$  y  $rK$  son la cuantía, respectivamente, de la ganancia y de las erogaciones de capital. Todas estas variables están definidas para un mismo lapso de registro).

Pues bien, la característica distintiva del sistema capitalista tal como nos lo representamos en el concepto de capital *indiferenciado* es la tendencia a la igualación de las tasas de ganancia de las empresas de capital. Asimismo, como resultado de esta tendencia, la formación de una  $g$  social promedial *objetivada*. Pero, inquiere Marx, ¿cuál es la fuente del plusvalor? Su respuesta, como el lector recordará vívidamente, desemboca en la célebre definición de tasa de ganancia  $G = P / (C+V)$ , donde  $P$  representa la masa de plusvalor,  $C$  el capital constante,  $V$  el capital variable.

Salta a la vista que  $g$  y  $G$  son conceptualmente distintas y probablemente difieran también cuantitativamente. En la definición de  $G$  tanto el numerador como el denominador están expresados en valor, mientras que en la definición de  $g$ , lo están en *valor mercantil*. Puede argumentarse que, por más que  $g$  y  $G$  correspondientes a empresas de capital individuales difieran entre sí, los dos agregados sociales que resultan de las sumatorias de  $G(C+V)$  y de  $gK$  coinciden. Pero antes de poner en discusión este aserto habría que formularlo de un modo más preciso.. Entre otros recaudos, se requerirían aclaraciones adicionales cuidadosas sobre los plazos en consideración.

Pues mientras las variables que definen  $g$  se miden en unidades de cuenta dineraria y están afectadas por la estructura temporal (cronoestructura) del capital, las que definen  $G$  se expresan en cantidades de trabajo y no se relacionan con un lapso uniforme convencional. No se confunda la proposición verdadera “la suma algebraica de las diferencias entre los valores mercantiles (o de realización) de las mercancías y sus *respectivos* valores, es nula”, con la proposición vagamente semejante que sostiene la igualdad entre las ganancias apropiadas por la totalidad de las empresas de capital y el plusvalor social total (en un plazo indefinido). El tema ha sido motivo de atención en la tradición analítica que remonta su linaje a Ricardo y Marx, porque parece suscitar

problemas sobre la vigencia de la “ley del valor” en el sistema capitalista, entendido éste según su representación habitual en el concepto abstracto de reproducción pura de capital o (para nosotros) como capital indiferenciado. La conocida solución marxiana a dicho problema ofrece una *ilustración* sobre la naturaleza del problema: la estructura capitalista modifica el campo gravitacional del valor y por ende la trayectoria de los valores mercantiles que gravitan en ese campo, interfiere en la tendencia de éstos a coincidir con sus correspondientes valores, y determina una solución particular para el sistema de ecuaciones que representan el todo como un sistema de equilibrio. De todos modos hay que advertir que los “precios de producción” no son estrictamente “precios”, ni, menos aún, precios empíricos. Y que los valores mercantiles sólo coinciden con los valores de realización de las mercancías en presencia del rematador “w”.

Hay más. La vigencia del principio *genérico* del valor en sus determinaciones *específicamente* mercantiles implica por lo general la tendencia a la igualación entre los valores mercantiles y los valores inmanentes ínsitos en las mismas mercancías. Pero no en la forma simple en que lo expusimos antes. En una explicación más exhaustiva, tendríamos que habernos hecho cargo, aún antes de considerar las determinaciones del capital, del hecho de que el trabajo reproductivo exige condiciones materiales de dos clases: reproducibles y no reproducibles. A estas últimas se alude frecuentemente (recordando a Petty y a Marx) cuando se puntualiza que el trabajo humano crea riqueza operando como una fuerza natural entre otras fuerzas naturales. Lo recordábamos más arriba al señalar el momento natural o material del trabajo humano. Sin embargo, siguiendo una cuestionable tradición en la historia de la economía política, omitíamos mencionar que las condiciones materiales no reproducibles del trabajo humano se complementan con las *reproducibles*. (Éstas, en verdad, más que complementarse de un modo extrínseco, son subsumidas por aquéllas.)

¿Errábamos al omitirlas? Por una parte sí, porque pudimos haber aclarado desde el comienzo que el trabajo reproductivo conserva el valor de sus propias condiciones materiales reproducibles. Por otra parte, no. El reconocimiento de esa función genérica propia y distintiva del trabajo humano no modifica el resultado final (y sí complica su explicación).

En efecto. Hagamos abstracción del efecto de la división general del trabajo sobre el valor de los productos. Se comprenderá entonces fácilmente que el papel conservador del trabajo en el proceso de creación del valor es independiente de la división social del trabajo. Entonces, si un mismo trabajador realiza sucesivamente los procesos necesarios para dar forma material adecuada a un producto reproducible (escoge el árbol, lo tala, ahueca el tronco, lo pule; o bien, siembra el trigo, lo cosecha, lo muele, amasa la harina, la lleva al horno que también él hizo, etc.), el *valor* del producto (la canoa, el pan) será el mismo que si las labores sucesivas hubieran sido realizadas por distintos trabajadores. Sólo que en este caso el “valor agregado” sería atribuible únicamente al último trabajador. El mismo razonamiento e igual conclusión caben para el plazo de observación que se adopta: si es suficientemente prolongado como para abarcar todo el ciclo técnico de la producción, el valor de las condiciones materiales reproducibles (instrumentos y objetos de trabajo) simplemente desaparece. Adviértase que en ambos casos se anula el “capital constante”: la categoría específicamente capitalista del valor de las condiciones materiales reproducibles del trabajo. Con él, se anula también la “composición orgánica del capital”.

Pero, dada la división del trabajo entre empresas de capital, considerando un plazo suficientemente corto, y suponiendo una tasa de plusvalor igual en todas las ramas productivas, entonces si las composiciones orgánicas del capital son distintas no pueden a la vez igualarse las respectivas *G* y coincidir los valores mercantiles y los valores

correspondientes. Se dice que entonces se igualarán las  $G$  y se detendrá en un punto así determinado (por esa igualación) la confluencia entre valores mercantiles y valores. Pero nuestro argumento es que las  $G$  no tienden a igualarse.

En efecto. Retomemos las tribulaciones del planificador de la reproducción en el caso del capital indiferenciado. Cada capitalista tiene una finalidad suprema: lograr la máxima tasa anual de ganancia. La variable objetivo del planificador de la reproducción capitalista no es  $G$ , sino  $g$ . Recordemos el rasgo distintivo del capital indiferenciado: los capitales entran y salen libremente y sin fricción alguna de todas las ramas de la producción; en su afanoso empeño son repelidos de las ramas donde las  $g$  esperadas son bajas y atraídos hacia las ramas donde son elevadas. Estos movimientos eliminan las  $g$  diferenciales que los impulsan, y cobra objetividad social general la  $g$  “estándar”, uniforme. Nada hay en este comportamiento que tienda a la uniformidad de las  $G$ . Ni, por tanto, a la “transformación de valores en precios de producción”.

Subsiste, empero, la transformación de valores en “precios de producción” (capitalista), debida a las diferencias sectoriales en las cronoestructuras del capital. (Recuérdese que Marx ofrece dos explicaciones de la “transformación”. En una se debe a las diferencias en las “composiciones orgánicas del capital”, que opera en el proceso mismo de valorización, la otra a las diferencias en las velocidades de rotación del capital, nuestras “cronoestructuras”, determinaciones que brotan de las metamorfosis en el proceso de rotación del capital: la unificación de  $g$  determina un conjunto de valores mercantiles que, en general, debido a la diversidad cronoestructural de los capitales, difieren de los valores respectivos).

Podríamos entonces decir que, en general, el conjunto de valores mercantiles que iguala  $g$  no iguala  $G$ . La dinámica del sistema de capital indiferenciado remite a la definición de la primera figura del capital:  $g=(pq-rK)/K$ . Poco nos dice de esa dinámica la fórmula de la segunda figura  $G=P/(C+V)$ . Esta última, por su parte, nos brinda el cuadro del sistema capitalista comprendido en su dimensión *genérica* como sistema de reproducción excedentaria. Si careciéramos de esta visión de los elementos ahistóricos del capital, paradójicamente, extraviaríamos la dimensión histórica de las formas específicamente capitalistas. El “juego de tendencias contrapuestas” analizado por Marx, que opera sobre los movimientos de  $G$  largo plazo, en un sentido o en otro en distintas etapas del desarrollo capitalista, influye sobre  $g$  promedial, aunque en sentido positivo o negativo según las épocas de desarrollo capitalista.

Pero la relevancia de una  $g$  *objetivamente unificada* para comprender el sistema capitalista, sus movimientos de ajuste y transformaciones inmanentes, está severamente limitada a la ficción puramente analítica y abstracta del capital *indiferenciado*. En el mejor de los casos, sirve para explicar cómo y por qué en esta configuración particular el sistema de producción capitalista sería incongruo y lábil; más particularmente, cómo y por qué las tribulaciones del planificador de la reproducción capitalista que hipotéticamente operara en esta configuración del sistema conducen indefectiblemente a la trasgresión de su principio: la igualación de las  $g$ , y, por ende, a la diferenciación del capital.

#### *iv) el capital diferenciado.*

El proceso de diferenciación del capital es inmanente al capital mismo. Introduce un orden jerárquico entre las empresas de capital, tal que unas controlan a su favor las condiciones de acumulación de otras. Los planificadores fragmentarios de la reproducción del capital son afectados también ellos por ese escalonamiento y cuando

unas empresas subordinan a otras los planificadores quedan ubicados en la misma escala de dominación. Unos planifican a otros: los planificadores dominantes controlan parámetros críticos a los cuales los planificadores subordinados deben atenerse. A la competencia capitalista tal como la capta el “modelo” de capital indiferenciado, se sobrepone una rivalidad más radical, que se dirime con la subordinación de unas empresas a otras. Quién planifica a quién, ¿ésa es la cuestión!

Los planificadores dominantes configuran y reconfiguran los cotos de dominación de las empresas de capital potenciado sobre las empresas de capital simple. Son planificadores de subsistemas de acumulación.

A cada época de desarrollo histórico del capitalismo corresponde un principio de diferenciación característico y consiguientemente una configuración particular de subsistemas de acumulación del capital. El capital comercial precapitalista no logra liberarse de los monopolios internacionales del comercio antiguo. Las ciudades comerciales europeas puján desde la baja Edad Media por abrir una brecha por tierra hacia Oriente, sin éxito, hasta que a partir del siglo XVI los navegantes ibéricos habilitan las grandes rutas oceánicas. Se inicia el proceso de formación internacional del sistema capitalista: las formas prevalecientes de capital serán las que operan en el ámbito de la rotación, vale decir, el capital comercial y el capital a préstamo.

La formación de unos pocos estados nacionales grandes y poderosos donde los mercaderes de las cortes absolutistas, aliados con el monarca contra las potencias rivales, pero a la vez contra las aristocracias terratenientes locales y la curia, convierten al propio monarca y a sus ministros en planificadores militares, administrativos y económicos de los grandes subsistemas de acumulación internacionales característicos de esta etapa. Su dominio de los subsistemas de reproducción se concreta mediante las redes de factorías y colonias que completan el marco de la particular configuración subsistemática característica de esa época del capital. Pero el vigoroso crecimiento de la burguesía desborda inmensamente de las corporaciones cortesananas y prepara nuevas transformaciones del mundo que se anticipan política e intelectualmente en las revoluciones de los siglos XVII y XVIII (Holanda, Inglaterra, Estados Unidos, Francia). Lo mismo que el mundo ilusorio de la teología destronada, el mundo burgués tiene dos rostros, el bendito y el maldito.

La ilustración es la fermentación del espíritu y el intelecto universales, la proclamación de las libertades y la igualdad políticas, la promesa de progreso infinito, el anuncio de una civilización verdaderamente humana, presidida por un Estado altruista que no tiene otro interés que el bien común ni otro soberano que el pueblo: ¡el pueblo emancipado, soberano! Es el rostro bellísimo del mundo moderno, iluminado ya por la esperanza. Las colonias convierten a continentes enteros *en un infierno* de pueblos sometidos, saqueados y esclavizados; obligados a latigazos a trabajar (en las minas, en las plantaciones) para un amo feroz e insaciable, uncidos como bestias desechables y fácilmente reemplazables, al ritmo frenético y compulsivo de la acumulación del capital. De un lado la civilización universal, los derechos del hombre... Del otro, la hecatombe, la oscuridad.

La inflación secular que triplica los precios, empobrece a la aristocracia terrateniente europea, y ayuda a preparar el terreno social de las revoluciones burguesas, ya se había extinguido al entrar éstas en escena. En otras palabras, el genocidio espantoso y el saqueo universal como fuente de acumulación de capital se agotan rápidamente y lo que sigue es el sistema *moderno* de explotación universal. El infierno colonial tiene sucursales en el agro de Europa oriental, donde la servidumbre no es eliminada sino exacerbada por la demanda de las incipientes ciudades industriales de Europa occidental, y en estas ciudades occidentales donde afluye una masa de harapientos,

emancipada de la servidumbre pero arrojada sin medios de trabajo y producción propios al exilio social, dispuesta a trabajar para un capitalista a cambio de una pitanza.

El capitalismo tomará entidad con la configuración de una nueva estructura mundial de reproducción capitalista presidida por el capital industrial. Las formas más antiguas de capital (comercial, financiero) se subordinan funcionalmente al capital industrial en el proceso de reproducción propia y enteramente dominado por el capital. Pero esto no quiere decir *necesariamente* que las empresas de capital industrial dominen los subsistemas de capital industrial, ni que en general subordinen a los bancos y las casas de comercio. Tampoco significa que en aquellos subsistemas de capital industrial donde hay varias empresas de capital industrial, todas ellas ocupen el mismo polo o el mismo escalón en la dominación jerárquica. Por el contrario, más frecuente es que donde hallemos empresas de capital industrial en posiciones subsistemáticas dominantes, encontremos otras empresas de capital industrial en posiciones subordinadas.

La reseña histórica siquiera esquemática de las tribulaciones del planificador nos permite captar los hitos significativos del proceso de diferenciación intrínseco que, siglo tras siglo, transforma este sistema, irreversiblemente. La función social genérica del planificador de la reproducción se encarna en figuras sucesivas, característica, cada una de ellas, de una época del capital. El planificador absoluto aborda problemas comunes a todos ellos. Pero nuestro interés se centra en el planificador fragmentario que, como sabemos, sólo ha llegado a conformar una multitud interdependiente, universal, desde que entabló con sus colegas relaciones mercantiles, dinerarias, capitalistas. Cuando nosotros, para representarnos más concretamente esa evolución, y comprender nuestro presente, dejamos atrás el “modelo” de capital indiferenciado, volvemos a encontrarnos con las mismas figuras sucesivas del planificador de la reproducción, vemos que cada una de esas figuras se ha desdoblado constituyendo una relación polar, y que es ésta, en verdad, la que distingue y caracteriza una gran etapa de desarrollo capitalista.

En el capitalismo diferenciado desaparece la tendencia hacia la igualdad *general* de  $g$ , y por ende la tendencia a la formación de una  $g$  general estándar. Pero esto no es todo. Las etapas del progreso técnico en el marco del desarrollo capitalista son, ellas mismas, etapas en el proceso de diferenciación del capital, que culmina en la diferenciación tecnológica del capital industrial. Este desenlace convierte el mundo capitalista en un coto de apropiación de plusvalor por un reducido club de empresas de capital potenciado. Las consecuencias de este desenlace son inmensas. El divorcio entre  $gK$  y  $G(C+V)$ , para una empresa o rama, que en el capital indiferenciado se dirimía en su igualdad global, e incluso allí remitía a la noción *genérica* de ventaja comparativa, o discrepancia entre valor individual y valor, se basaba en la proposición:  $gK = G(C+V)$  entendida como una identidad contable, en que la tasa de plusvalor es uniforme y el precio del salario coincide invariablemente con el valor de los “bienes salariales”.

Pero en el análisis de la estática comparativa y la dinámica del capital diferenciado *ninguna* de esas condiciones es pertinente, y menos aún para comprender las transformaciones cualitativas del sistema: la tasa de explotación de los trabajadores por el capital puede trepar prácticamente sin límites, empujando hacia arriba tanto a  $G$  como a  $g$ . Pero además, la “explotación” prácticamente irrestricta de unos capitales por otros se traduce en una dispersión inverosímil de todas las tasas pertinentes (tasa de salario, tasa de explotación, tasa de ganancia) que encierra dentro de féreos límites el crecimiento global absoluto de ambas. Dentro del cepo que se achica, las tasas son elevadas y el crecimiento del sistema (haciendo abstracción de su inestabilidad progresiva) puede sobrepasar sus “records” anteriores. Fuera del cepo, la Apocalipsis económica: una masa fluctuante de capitales “impotentes” (que no pueden convertirse

en capital sino cediéndose en préstamo, en condiciones precarias, a las empresas de capital potenciado), y satura periódicamente los circuitos financieros internacionales, con las consecuencias que se conocen desde la segunda mitad del siglo XX. Apocalipsis, sobre todo, social: una porción enorme, creciente, de la humanidad queda irreversiblemente fuera del sistema productivo vigente, condenada al abismo. La masa cíclicamente fluctuante de desocupados que, según predice “modelo” de capital indiferenciado, debe ser reabsorbidas periódicamente por vigorosas recuperaciones del proceso de acumulación del capital, crecerá indefinidamente si el proceso de acumulación del capital sigue su curso presente. El ritmo vertiginoso de innovación y la consiguiente obsolescencia temprana del equipamiento fabril renueva rápidamente los horizontes de inversión, pero éstos quedan estrictamente circunscriptos dentro de subsistemas de acumulación donde las empresas de capital potenciado obtienen tasas de ganancia extraordinaria a expensas de las empresas de capital simple.

Una consecuencia no menos trascendente de la culminación histórica del proceso secular de la diferenciación del capital es que en los subsistemas transnacionales de planificación dominados por las empresas de capital tecnológicamente potenciado se consume la dicotomía entre la programación de la innovación técnica y la planificación del proceso de reproducción. El sistema económico mundial se prepara así para que la humanidad, con la hegemonía creciente de los trabajadores más avanzados, primero, y con la dirección madura de la clase trabajadora universal algo más tarde, se prepare para recoger los frutos maravillosos del desarrollo capitalista y prosperar significativamente en un período histórico de transición.

La estructura polarizada del capital, allí donde constituye subsistemas de acumulación, tiende a acentuarse irreversiblemente. Las doctrinas económicas captan cada una a su manera las manifestaciones más notorias de la diferenciación del capital. Las catalíticas observan que hay mercados imperfectos, y naturalizan de un modo insulso las circunstancias que obstaculizan la entrada y salida de capitales y la libertad de comercio. La economía política penetra en la estructura genérica del proceso de acumulación y en la ingeniería de las industrias, señalando las tendencias a la concentración y la centralización del capital.

La teoría de la diferenciación del capital explica la génesis de los subsistemas de acumulación y sus transformaciones necesarias en el curso del desarrollo capitalista.

La configuración de subsistemas, precisamente, consiste en que la empresa de capital centralizado engloba a otras empresas, sin comprometer ella misma capital, sometiéndolas a su propio poder de disposición, y *planifica* la configuración de aquellos subsistemas que constituyen sus cotos de dominación. La relación social general que entablan entre sí las empresas de capital en el sistema capitalista mundial como un todo sigue siendo mercantil en cuerpo y alma, en forma y contenido; pero en el interior de los subsistemas de acumulación la forma mercancía encubre una relación de acumulación directa, en la que una de las partes “adhiera” a lo que la otra dispone unilateralmente. Las relaciones todavía formalmente mercantiles pierden en distintos grados ese carácter: un extremo de esa gradación es el monopolio (o monopsonio) ocasional, el “mercado de vendedor (o de comprador)” que de inmediato desencadena prescripciones correctivas de los planificadores fragmentarios de la reproducción. Se acercan al otro extremo las “transacciones intra-firma”, que constituyen hoy una porción significativa y creciente del total de las operaciones comerciales registradas por las autoridades estadísticas, tanto en el mercado internacional como en los mercados domésticos.

Los subsistemas de acumulación sobrepasan todas las fronteras territoriales y políticas (y, de paso, las fronteras legales), pero las empresas de capital potenciado localizan en unos pocos países sus cuarteles generales de planificación estratégica, sus sedes

administrativas globales, sus núcleos financieros, sus oficinas de planificación encargadas de administrar proyectos de I+D y circuitos de innovación, y (optativamente) sus plantas industriales de avanzada. Correlativamente, a la jerarquización creciente e irreversible de las empresas de capital corresponde una jerarquización igualmente creciente e irreversible de los Estados nacionales y, a lo largo del siglo XX, una gradual pero inexorable reversión y, ya, finalmente, una notoria caducidad, del carácter *moderno* y por ende civilizado y civilizatorio de estado capitalista en toda la escala jerárquica internacional, de una punta a la otra: ora por su carácter de Estado dominante, arrogante, cuya soberanía excluye la soberanía de otros estados, ora por su carácter de Estado dominado. La ley es dictada por unos estados y cumplida por otros. Las ilusiones del Estado moderno y la “sociedad de estados” soberanos han caducado.

\*

En el XIX cundió la esperanza de que la civilización capitalista, que brillaba en unos pocos países, extendería rápidamente a todo el mundo los beneficios del progreso. Los dolores del capitalismo eran dolores de parto. La diferencia entre críticos y apologistas del sistema partía de ese consenso: para unos este sistema estaba destinado a subsistir, brindando frutos de civilización y felicidad para siempre. Para otros estaba sentenciado a perecer, abriendo las puertas a una civilización aún más avanzada.

Ni siquiera Carlos Marx, el hombre que descubrió que los fundamentos *científicos* de la estrategia proletaria socialista debían buscarse en la profundización *crítica de la economía política*, vale decir: en la prolongación rigurosa y consecuente del proyecto científico iniciado por la burguesía y abandonado por ella luego de la muerte de David Ricardo; ni siquiera ese crítico implacable y consumado, pudo liberarse totalmente de esa ilusión: “En sí y para sí (dice en el prólogo de la primera edición alemana de la primera parte de su obra mayor), no se trata aquí del mayor o menor grado alcanzado, en su desarrollo, por los antagonismos sociales que resultan de las leyes naturales de la producción capitalista. Se trata de *estas leyes mismas*, de esas *tendencias* que operan y se imponen con férrea necesidad. El país industrialmente más desarrollado no hace sino mostrar el menos desarrollado la imagen de su propio futuro.” Su comprensión inacabada del curso general que seguiría el desarrollo capitalista hasta nuestro tiempo corresponde claramente al estado inconcluso de su obra científica.

No se debió, huelga decirlo, a ingenuidad: él mismo había observado con aguda certeza, reiteradamente, incluso antes de iniciar la obra científica de su período de madurez, que ya en las primeras décadas del siglo XIX la clase capitalista había perdido su ímpetu revolucionario. Más aún, que en la segunda mitad de ese siglo las burguesías de Europa oriental y Asia occidental, servilmente postradas a los pies de los regímenes más reaccionarios, las autocracias absolutistas, los terratenientes prusianos, la burocracia del Zar, habían perdido ese espíritu por completo.

Ni, menos aún, se debió a una debilidad teórica en cuanto al rigor con que se propuso y se impuso subordinar su visión del presente a las leyes económicas que rigen el curso del capitalismo. Se debió, en cambio, a que su propia teoría del capital, elaborada como prolongación crítica e inmanentemente necesaria de la economía política, no había alcanzado a sobrepasar el concepto todavía abstracto de capital indiferenciado. En nuestra interpretación, “*estas leyes mismas*, ... esas *tendencias* que operan y se imponen con férrea necesidad”, por las que el desarrollo del sistema crea las condiciones de su propia superación, no están allí. Es decir, no lo están *aún*, en la teoría del capital *indiferenciado*.

Nuestro argumento procura retomar ese proyecto científico que permaneció inconcluso. En nuestra interpretación, el “modelo” de capital indiferenciado debe todavía ser puesto

a merced del poder de transformación de su propio concepto, para hallar las transiciones que Marx esperaba investigar, dar cuenta de las transformaciones inmanentes a este sistema, e inferir de ellas una guía estratégica significativa. Está claro que al respecto lo que en este momento ofrecemos es más una incitación a abordar el proyecto que el anuncio de su resultado. Pero esperamos que el abordaje escogido, las tribulaciones del planificador, alcancen para cebar la incitación: al ubicar las tribulaciones del planificador de la reproducción en el cuadro de la presente situación de la lucha de clases, debería poner a la vista cómo el papel de la vanguardia filosófica, que Marx arrebató a la burguesía pretendió legar al proletariado, pasará finalmente a las manos de sus legítimos herederos, cuando éstos ocupen, en el gran escenario que les vino preparando abnegadamente desde hace más de un siglo el desarrollo capitalista, y hoy les tiene preparado, a su alcance casi inmediato: el papel de planificador de la reproducción.

Somos testigos privilegiados de una manifestación temprana, precaria aún pero conmovedoramente prometedora, de uno de los primeros contingentes de trabajadores que, a la par que honran dignamente los valores y defienden con coraje las reivindicaciones tradicionales de la clase obrera, incursionan ya en las tareas de planificación obrera que los pone en el camino del control de la producción.

#### v) *La economía de transición*

El planificador obrero es la figura a la vez transfigurada y contrapuesta, y la realización plena, del planificador capitalista de la reproducción. Parte de las rutinas de programación de la planta industrial, las adapta radicalmente a los principios de la gestión obrera, reemplaza las líneas de mando autocrático por un sistema de representación democrática en la dirección de las relaciones laborales, con prescripciones normativas y recaudos de responsabilidad rigurosa: los cargos representativos se confieren con mandato vinculante, son revocables, y obligan a todos con arreglo al plan de metas de elaboración colectiva, el primer fruto de la planificación obrera y el primer paso efectivo hacia el control obrero de la producción. Los pasos subsiguientes comprenden la programación de la capacitación y la reposición de los equipos de capital fijo, la extensión de la planificación obrera a subsistemas de producción técnicamente complementarios, y las primeras incursiones más allá de la planificación de la reproducción propiamente dicha: los circuitos de innovación.

Los primeros atisbos de una sociedad de transición han aparecido ya, y en ella la nueva figura del planificador de la reproducción, los planificadores obreros, colectivos. Todo hace pensar que perdurarán y prosperarán, o aparecerán otros nuevos. Ya puede decirse que ofrecen una alternativa de supervivencia y progreso a la porción de humanidad a la que el capital diferenciado condenó definitivamente como “perdedores”. Los sectores más avanzados de los trabajadores en activo pueden ofrecerles a los desocupados u ocupados precariamente: cuando llegue la oportunidad histórica, nosotros ya tendremos experiencia en planificación. En efecto, son muchos los deberes y las obligaciones de los trabajadores ocupados, o, deberíamos decir, de los trabajadores *explotados*, con sus compañeros víctimas de la exclusión social. Pero el deber principal, histórico, inexcusable, es prepararse para tomar las riendas de la producción y el progreso económico.

De poco serviría especular sobre las características de la nueva era que, ya lo vemos, lleva en su seno gérmenes de transformación. ¿Hay en este laberinto un hilo de Ariadna? Así como las tribulaciones del planificador de la reproducción nos vuelven más inteligible nuestro pasado, también los trabajos, las experiencias, las indicativas y

las opciones del nuevo planificador nos darán un vislumbre de por dónde asoman perspectivas de cambio, qué es esencial y qué secundario, y, en definitiva, qué está en juego, en un presente que la crisis ha tornado poco menos que irreconocible para la teoría consagrada.

Por de pronto, las condiciones en que se desenvuelve la planificación obrera tal como las conocemos son extremadamente precarias, y su éxito inmediato no está garantizado. Sin embargo, las ventajas económicas potenciales, competitivas en el sentido capitalista, de la gestión obrera, en el campo de la reproducción del capital, son notables, de modo que el éxito de la gestión económica no puede excluirse. Bien: en este caso, acecha todavía otro peligro, mayor que todos: que precisamente el éxito económico melle el filo combativo del contingente de trabajadores que hizo punta con la planificación, y su proyecto quede comprometido con la vorágine de la acumulación capitalista. Finalmente, si sus éxitos se consolidan y se expanden, pero quedan encerrados en el ámbito de la reproducción del capital, si no extienden su control hasta abarcar las fuentes científicas y tecnológicas del progreso técnico, entonces habrán quedado lejos de apropiarse de sus propias capacidades productivas, y sus éxitos no los emanciparán del capitalismo sino que quedarán subsumidos en él....

Si, por el contrario, controlan el capital tecnológico, la cúspide de los subsistemas de acumulación del capital en una economía de transición, y ganan así una capacidad inédita de reducir significativamente la desocupación de sus compañeros mediante la creación de numerosos puestos de trabajo, sabrán convertir esos subsistemas en gigantescas escuelas y universidades de producción para capacitar a nuevos contingentes de trabajadores en el control democrático de la gestión económica, logrando a la vez que se mantenga el espíritu de lucha que a ellos mismos los inició en el camino de la emancipación económica y social

¿Alcanzarán los trabajadores planificadores a crear una opción viable en una fase transicional, junto a la dualidad de poderes? ¿Construirán un ascendente social, una hegemonía cultural, que los convierta en la clase dirigente en una próxima era histórica? ¿Estarán preparados en su momento para gobernar la economía, y ofrecer soluciones viables en tiempos breves para los problemas más acuciantes, para abrir desde allí nuevos e inmensos horizontes de progreso universal?

Son muchas pruebas a sortear, muchas incógnitas a develar. Pero la mirada retrospectiva nos muestra que la historia es una sucesión de hazañas imposibles, cada vez más grandiosas. No conocemos las respuestas a las preguntas sobre las tribulaciones de los nuevos planificadores. Sólo sabemos que las preguntas son éstas, y son también las preguntas sobre nuestra época.